

La boda y el bobo

Se sabe que te gustan las caminatas largas y que se aparten de los caminos hechos para las gentes y bestias y que no sean las carreteras para automóviles, a pesar de que tienes el permiso de conducir y de que has llegado a alquilar algún cochito para darle un paseo a mamá y a Rosamaría hasta las playas del sur o hacia las cumbres donde el frescor parece de cielo lamido con cariño verde y tú te tumbas arrimado a cualquier árbol a tras sol que se criba entre las hojas como un oro que pone las patas luminosas amarilleando el hierbajo que tú miras y que ya no parece lozano sino enfermado de luz, mientras Rosamaría ayudaba a mamá por el codo a que suba usted a este lomito para que mire y vea qué maravilla se ve desde aquí, ¿no vienes, Ro?, no, ya yo lo vi. Te compraste una mochila antes de hacer el Servicio, es bueno caminar y respirar aire puro, todo está tan viciado en las ciudades, además la costumbre de la marcha campestre bordeando riscos y atravesando barrancos, ¡un manantial!, ¿está fresquito?, puro hielo, ¡qué rico!, no se pierde así como así, y tú en el Seminario sí que caminaste, qué pantorrillas crías y qué fuerte es tu disparo a gol, ¿te acuerdas?, aunque también reconforta y sana encontrarte solito, sin un ruidito de nada, ni un pájaro, ni una cigarra, el viento quietito, tu espalda contra la piedra que ahora está como sudorosa y cierras los ojos sin pensar en nada, qué tranquilidad más perturbadora sin embargo porque ¿verdad que te falta algo?, y no será Rosamaría, la quieres demasiado, y malo es eso, algo distinto es lo que te saca la alegría del alma y se la lleva ¿sabes dónde?, yo no, y te cuelga una melancolía que te pone cara de viejo, mira: tienes una arruguita permanente en el ceño, y te hace feílo, aunque, cierto, a Rosamaría le encanta, cosa de mujeres, te dice con ese tonillo coqueto que te funde en ascuas: te hace serio, pensador, no vayas a arreglar el mundo, y se te ríe, sonrojándote tú en una sonrisa boba, disculpona, para luego tomarte la mano con el ademán de la superior que te quiero, filosofillo mío, y debes estar contento, agradecido, sí: agradecido ¿por qué no? No le diriges mucho la palabra, que se diga, pues el muchacho te disgusta por ese mohín de soy guapo y las tías se me dan, ¿qué le vamos a hacer?, que siempre lleva con su manera de andar y de coger la tiza en la mano izquierda para pasarla a la derecha con que ves que explica al pequeño enjambre de muchachitos y muchachitas eso de los oficios del nombre en la oración gramatical, cuando pasaste frente a la puerta de su aulita y lo miraste, cortándole la explicación que adoba con una sonrisa bonita en sus dientes limpios y brillantes, tú tienes dos picados, y te suelta un ¿qué?, para que tú fuerces una simpatía y preguntes al tiempo que pasas el dorso de tu

mano zurda, la otra lleva un puntero, por la barbilla: "tan poco ganas que no tienes para hojillas de afeitarse"; él se te arrima y te susurra un disgusto para tí, "me dejo la chiva, a ellas les chifla"; tú sueltas un "vaya, hombre" y le golpeas a lo amistoso las nalgas con el puntero. Pero, oye, si quieres..., no, déjalo, tú tienes novia, eres un buen chico, "¿por qué dices eso?" te picas y ruborizas todo. Es que, ¿sabes?, tengo un lío con una danesa, pero le llegó una amiga y... en fin, tengo que buscarme un marcaje para la otra. Tú habías oído decir al director de la Academia que este muchacho es un lince para las extranjeras, hay que verlo noche tras noche con una sea la que sea, y sabe buscarlas el muy pinta, menudos bombones, quién fuera joven; pero tú eres joven, fuiste seminarista, tienes novia buena, formal, claro que la quieres, bonita sí, comulgaste el domingo, eso no se hace, pero sientes un fuego que se te pega en el cuello y en el vientre: "¿por qué me dices eso?, ¿acaso no puedo yo echarme un plan de vez en cuando?", con el orgullo provocado, sin acordarte, evidentemente que no, del domingo pasado en el confesionario, arrodillado, arrepentido porque eres sincero cuando te arrepientes, diciéndole al confesor que pecas contra la pureza, tú, un hombre de veintiséis años ya, pues te llenas la imaginación de imágenes obscenas y a pesar de tus esfuerzos, cuando Rosamaría se te acerca cariñosa y te plasma un beso en los labios, enseguida vas a lo sensual y sientes ese deseo que te avergüenza y el humor que mancha tus muslos, no lo has podido evitar, pero cualquiera le dice a Rosamaría que no te bese, que te hace pecar, ella te besa y notas que le arde su boquita rosa, pero ves que se acerca a comulgar sin antes haber confesado, y piensas que es porque tiene puras las intenciones, dándote cierto reparo ir tú al confesionario, ¿qué pensará ella?, puede que he pecado aparte, pero cualquiera se casa para dar riendas sueltas a esta vehemencia que me ciega sin tener antes el porvenir un poco asegurado, y llegas a lo de siempre, a advertir esa sombra que te quita sol alegre y esto no puede seguir así, nada me gusta, y sólo tengo una angustia sorda, sin estridencia, callada, está pero no notas que está, y ves pasar los años sin decidirte a nada, virgen a la fuerza del temor de Dios. El sabrá valorarlo, pero sigues triste y has llegado a pensar, claro que sin convicción, en que todo acabará cuando me case con Rosamaría, pero ¿quieres a Rosamaría?, sí la quiero, ¿seguro?, bueno, es lo que creo, pues afinando un poco ¿quién asegura sus sentimientos? y te llega a lo tífón el recuerdo de ese antiguo alumno tuyo que hubisteis de expulsar, ese pilluelo de apenas quince años que viene propagandeando la prostitución de niñitos casi, te pagan bien, son viejas, pero uno suelta lo que tiene sujeto a la primera ocasión, además de que hay unas pastillas para reanimar y ponerte en forma enseguida, un niñito de mirada vieja, que espera de la vida, y parece contento, pero con la contentura un poco arrugada en el pliegue de los labios, ¿verdad?, y sabes que todo es así, pero continúas virgen, a ver el fuerte que se te mete en un cine hoy para soportar esas imágenes de alcoba y mujeres casi y sin casi desnudas y bien coloreadas, frutas apetecibles, que te desbisagran todo, te ponen nervioso en tu mano que suda apretando la mano de Rosamaría que entonces va y te alumbra una mirada cómplice que te duele a pesar de su sonrisa, ella no tiene prisa y eso te mosquea un poco, en la penumbra del cine que huele bien, como a rosas o lilas, o esas campanelas azuladas en verde que

compra mamá para engalanar el recibidor nuevo que por fin compró papá, tarde pero lo compró, "entonces no vayas al cine", pero no te atreves a decirle a Rosamaría que no quieres ir al cine porque te es ocasión de pecar; te avergüenza decírselo y no puedes ni imaginarte, aunque te parezca mentira, que ella supone, y mamá supone, y papá más que nadie supone, todos suponen que tú has tenido trato íntimo con mujer, seguramente pública, que eso, por desgracia, es natural, y todos lo barren y meten lo barrido bajo la alfombra, "tú sigues luchando como un jabato que no vas mal", te lo dices tú mismo, lo malo es que no alegras el semblante y piensas con tristeza que la felicidad está en el olvido de la muerte, pero sientes que todo se acaba, hasta ese fuego que te consume por Rosamaría se tiene que ir, sea tu mujer o no, y a lo peor cuando se vaya la vas a amar mucho para fastidiarte más, entonces ¿por qué tanta intransigencia contigo mismo?, dices que son prejuicios, pero todos tienen prejuicios, pues todos enjuician según su prejuicio, pero hay prejuicios que parecen agua, de lo incoloros e inodoros que son, ¿cómo te gustaría que fuese tu manera de ser?, no articulas respuestas, "entonces aguántate cómo eres", es un lavado de cerebro eso de la religión, peor aún: es un entusiasmo, te aseguró despectivo esa amiga de papá, zahiriéndote en lo más vivo de tu sensibilidad, pero tú callaste pues siempre sales con eso de no vale la pena insistir sobre ello, uno ve con sus propios ojos y vuelve a sentir con lo que antes sintió, como si un sufrimiento fuera molde para el otro que vendrá más adelante; "es que tú eres religioso, y yo, yo no quiero ser causante de un agravio tuyo a tus creencias": esto en boca del galán de la chivita rala te sonó a burla, él tiene la verdad seguramente envuelta en un pañuelo, no se le escape, por eso habla con esa suficiencia, montar hembras es lo único que se valora, y de eso tú no entiendes sino lo imaginado, también haber mirado, remirado, la respiración violentada, congestionadas las mejillas, aquella revista en alemán donde había mujeres desnudas en poses obscenas, provocativas, casi si pierdes el sentido, tú no te esperabas eso, ni rememoraste a Rosamaría. ¿recuerdas? haber mirado aquello te hizo, sigue haciéndote, mucho daño, no faltó apenas para acabar de masturbarte mientras te duchabas, pero la vergüenza llegó a tiempo, esto no es de hombres, y luego el arrepentimiento de haber ofendido a Dios en ese templo vivo que eres, lloraste, y más enrabiado conmigo lloraste cuando caíste en la cuenta de que hubiste comulgado ayer por la tarde, tú, un hombre de veintiséis años a punto de someterte al onanismo, encárate a la realidad, no sirves para estar sino para ondearte en melancolías teñidas de angustia que te van a volver loco, ya lo verás, y ahora viene este bonito a invitarte a "limpiar el fusil" con esa amiga de danesa, ve y le dices, agarrándolo por la sangría del brazo hacia afuera, no está bien que los niños escuchen, "niños, dices, tú no los conoces bien, ¿ves esa que apenas con catorce años se sonríe con la otra como picardeando confianzas?, si supieras te asombrarías", bueno: tú te asombras poco, y si te asombras es a lo mentira, a lo hay que asombrarse, esa niña tiene un novio, dice ella: mi chico, que le ha toqueteado todo lo toqueteable, y quien sabe y ella tan contenta, si vieras cuánto le gusta, "es una pena veracidad", pero le murmuras al que te invitó, no te pongas colorado, hombre, "cuenta conmigo; oye, ¿vale la muchachita?"; te mira extrañado, el mohín socarrón, y se ríe sin reírse: te parte el..., ya lo verás,

cuento contigo, esta noche, sobre las diez, hasta las once, en el Parque, me verás en cualquiera de las mesas; notas como un vendaval físico que revuelca tu alma ¿verdad?, o ten cuidado no pierdas el equilibrio, tan unido tienes el cuerpo a lo que piensas que si te contradices pareces enfermo, cualquiera acaba de dar las clases como te encuentras tú, pero hay que darlas, y te metes a decirles a esos pilluelos, maldita gracia que les hace que el logaritmo de un número en base b es el exponente al que hay que elevar la base b para obtener el número, y vas y lo escribes en ejemplo en la pizarra, preguntando por rutina: ¿lo entendieron?, y nadie dice nada, pero aquél pone cara de que ni sí ni no, y vuelves a poner ejemplos, ¿qué manera de vivir es ésta? ¿hasta cuándo? ¿para qué?, si al cabo todos salen a fastidiar lo que puedan, a tomar buenas posiciones desde donde poder joder al jodido, ¿de qué les sirve el logaritmo y los números complejos y el binomio de Newton si ya los verás sacando cuentas de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, o si no para eso están las calculadoras.

Mientras comes sentirás el peso de la culpa por el delito aún no cometido, pero a contraluz verás con enorme claridad aquella rubia de la revista que te ofrece unos senos, qué color, eso no puede ser cierto, rollizos de danesa, la otra será danesa, supones, y Rosamaría es morena, te acuerdas de ella en esa barahúnda que es tu mente y te das tirria de ser como eres, veleta que gira girando pero sin moverse, esto no podrá seguir así; y pasado mañana leeréis en la prensa que ha sido encontrado el cadáver de una mujer desnuda, sin identificar, en una casa abandonada, en ruinas, en el kilómetro seis coma ocho de la carretera hacia el norte, en una hondonada conocida por el barranquillo de judas, se dictaminó su muerte en la madrugada de anteayer, entre las cinco y las seis, desangrada, víctima de un arreglo de cuentas entre proxenetas y rameras, pues la víctima es del oficio; tú leerás la noticia entre un temblaque inexplicable, aquí pasan cosas de brujas.

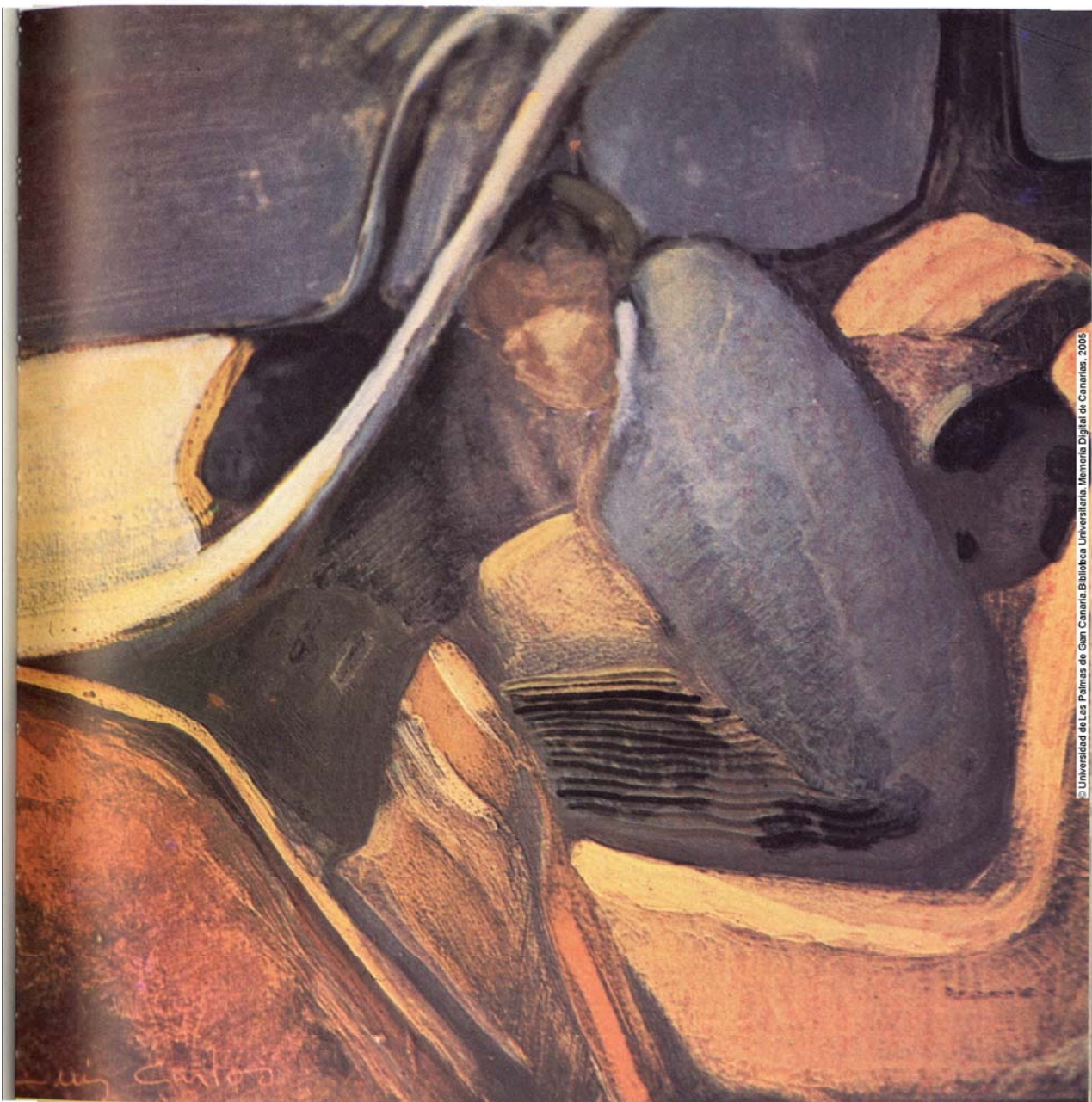
"El guapito de la chiva se llama Raúl, don Raúl para los alumnos, y quedó complacido en invitarme. Nos veríamos esta noche, sobre las once, en el Parque. Yo antes habré dejado a Rosamaría, después del cine, hoy es jueves, día de cine para mi novia y yo. Va siendo hora de que me desvirgue. Todos lo hacen, me he enterado que incluso hay curas. Es una bobería éste soporta que te soporta, enervándome, sacándome de quicio. Y a la salida de clases me toma unas copas. Soy profesor en una Academia de mala muerte. Cuando dejé el Seminario, a los quince años, cosas de salud síquica, tuve que hacerme maestro, y lo hice a trancas y barrancas. En esta Academia gano para ir tirando. Pero mi dinero hace falta en casa y ahorro poco. No sé cuándo podré casarme. ¡Y cualquiera consigue vivienda! A Rosamaría no le agrada que vayamos a vivir a mi casa. Soy hijo único, pero ella dice que no pueden haber dos amas de casa en la misma cocina y que se acuerda de cuando su madre reñía con su abuela paterna por cualquier bobería".

Tú vas y buscas ánimos que te aparten del grillete sin caer en la cuenta de que el grillete está ahí, esposando tu alma, que no se te mueve; sales de la Academia a las seis de la tarde, y vas en busca de tu novia

para llevarla al cine, seguramente a una película más de escenas de alcobas, para terminar de lacerarte; tu novia te aguardaba con esa blusa verde, un poco transparente, fíjate: los sujetadores son azules, que tanto te gusta tocar deslizando tu dedo, a lo ingenuo, cuidado: juegas con fuego, ¿quieres un poquito de café?, mi madre acaba de hacerlo; pero de prisa, que se hace tarde, son las siete menos...cinco: y tomas una tacita de café, qué bien huele, calentito, humeante, tiene que soplar, quema, y sacas tu pañuelo para limpiarte la comisura de los labios, pero no tienes pañuelo y Rosamaría lo advierte con sonrisita que te acerca su pañolito aromatizado y planchadito para que te limpies los labios que no están sucios, sin embargo te los limpias con cierta fruición porque el pañolito huele a Rosamaría; no te acordabas del plan de esta noche, pero enrojeces cuando oyes en tu mente al de la chivita recordándote la cita, y te dices que no irás, entrándote un deseo irrefrenable de echarle sobre tu novia y comértela a besos y a lo otro, pero sólo dices pidiendo la limosna: Rosamaría tenemos que hablar en serio; "vámonos, ¿no dijiste que se nos hace tarde?", y lo dejarás para luego en el cine, sin embargo, antes de abrir la puerta que da a la calle, miras hacia dentro y ves que no hay nadie, entonces: espera, y tomas a tu novia por los brazos y te pegas a ella, nunca lo habías hecho, y le fuerzas un beso dañino, que la ofendió: "¿estás loco? ¿y si llega a asomar mi madre? qué vergüenza"; perdóname, no pude aguantarme: me extraña eso en tí, sonriendo te tranquiliza y de veras te arrepientes de lo hecho, eso está feo, ella no se lo merece, pero no iré a la cita con el de los ligues. Rosamaría no se lo merece, lo que tienes que hacer es casarte de una vez ¿a qué esperas?, coge la fruta cuando la veas madura, puede pudrirsete, no lo olvides. En el cine toma su mano, que ella abandono.

VICTOR RAMIREZ

Fragmento de la novela inédita del mismo título.



LUIS CARLOS



FELIX BORDES